

Recuperar la ciudad: de la mercancía al espacio común

José Bellver

FUHEM-Ecosocial

Las ciudades conforman hoy un espacio clave en un contexto en el que se entrecruzan múltiples crisis que van desde lo económico a lo social, pasando por la dimensión ecológica de nuestra propia existencia social. Si bien las ciudades siempre han jugado un papel importante en la historia de la humanidad como lugar de encuentro e intercambio, así como espacio de creación y consolidación de procesos de innovación tecnológica, económica y social, hoy, el simple hecho de que más de la mitad de la humanidad vive en espacios urbanos, otorga a las ciudades una relevancia de calibre aún mayor. Además, las ciudades son en la actualidad los principales motores de la economía mundial puesto que alrededor del 80% del Producto Interior Bruto (PIB) mundial se produce en las mismas.¹

Los niveles de acumulación que se producen entre la miríada de espacios urbanos son, no obstante, altamente desiguales. En la parte alta de este escalafón se sitúan las "ciudades globales", que conforman auténticos espacios de concentración de poder. A través de estos nodos del capitalismo global fluye información, capital, mercancías y personas –estas últimas con patrones muy desiguales de movilidad– que traspasan las fronteras con múltiples destinos, conformando de esta manera espacios clave en los procesos de decisión política y económica. Por ello, siguiendo a Saskia Sassen, podemos decir que, aunque el poder hoy es un sistema complejo de personas, redes y máquinas que no tienen un centro visible, es en las ciudades globales donde todo se reúne y el poder se hace concreto, si bien en distintos grados, pero dibujando en todo caso una «nueva geografía de la centralidad».²

En lo que concierne a la dimensión ecológica, las ciudades son también territorios físicos que acogen actividades económicas y comportamientos sociales que dan lugar a un trasiego de materiales y energía que alimenta y posibilita la vida económica y social en el ámbito urbano. Además, estos recursos proceden con frecuencia de territorios cada vez más alejados y cuyo consumo y transformación generan, a su vez, altos niveles de contaminación

¹ G. Gardner, «Las ciudades del mundo en un vistazo», en Worldwatch Institute, *Ciudades sostenibles. Del sueño a la acción*, FUHEM Ecosocial-Icaria, Barcelona, 2016, pp. 27-33.

² S. Sassen, *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Katz editores, Buenos Aires, 2015, p.21.

que afectan a la salud de las personas en la ciudad y mucho más allá. Solo entre el 1 y el 3% de la superficie terrestre mundial que representa el mundo urbano se consume hoy el 70% de la energía y se genera el 80% de los gases de efecto invernadero, de modo que la extralimitación ecológica, inducida por el metabolismo humano global, se gesta hoy claramente en las ciudades.³ Sin embargo, tampoco en este ámbito es equiparable la situación de unas ciudades frente a otras puesto que, en el grado de impacto ambiental de una ciudad, entran en juego múltiples factores (tamaños, distribución de espacios urbanos, tipos de edificación, estilos de vida, etc.) que hace que existan realidades muy diversas al respecto. Ahora bien, podríamos apresurarnos y apuntar aquí que, por lo general, allá donde encontremos los mayores niveles de riqueza y poder, encontraremos el origen de las mayores huellas ecológicas.⁴

Si las desigualdades se sitúan como un resultado de la crisis actual, la variedad de dimensiones que la conforman se manifiestan también en impactos desiguales en cada uno de dichos planos: desempleo, precariedad, contaminación, usos de recursos, acceso a servicios sociales, etc. no afectan de la misma manera a los distintos sectores de la población. En todos las dimensiones parece seguirse hoy un patrón de agudización de las desigualdades. Solo en el plano de los ingresos, hoy, tres de cada cuatro ciudades del mundo tienen niveles más altos de desigualdad de ingresos que hace dos décadas.⁵ Todo ello es el resultado de un capitalismo financiarizado cuya lógica parece hoy tan extractivista en términos de apropiación de valor como de recursos naturales.

Es en este "ecosistema" en el que los procesos urbanizadores desenfrenados y especulativos recientes han florecido, no de forma accidental o colateral, sino desempeñando un papel esencial para la acumulación de capital. Bien sea por la vía de la expansión geográfica de espacios urbanos existentes, o bien por su remodelación, la construcción de nuevas edificaciones e infraestructuras de todo tipo permite resolver constantemente el problema de los excedentes de capital que carecen de oportunidades rentables.⁶

El reverso de la moneda de este proceso urbanizador es una destrucción de lo viejo que deja tras de sí paisajes de devastación y devaluación. A modo ilustrativo, David Harvey utiliza el ejemplo de ciudades como Detroit (EE UU), que se han convertido hoy en auténticos sumideros de valores perdidos tras paralizarse su actividad con la desindustrialización, al tiempo que otras ciudades como Shenzhen (China) o Daca (Bangladesh) se convertían en

³ F. Prats, «Por qué las ciudades y las ciudadanías son tan importantes», *Papeles de relaciones ecosociales*, nº129, 2015, pp. 57-71.

⁴ Digo «origen de las mayores huellas ecológicas» porque más que probablemente el impacto ambiental no lo encontraremos allá donde viven los opulentos, sino seguramente muy lejos, más cerca de quienes menos tienen. Un ejemplo de ello lo muestran Jordi Roca, Vicent Alcántara, Iñaki Arto, Emilio Padilla y Mónica Serrano, en relación con las emisiones de gases de efecto invernadero en España, en su trabajo *La responsabilidad de la economía española en el calentamiento global* (FUHEM Ecosocial – Catarata, Madrid, 2013).

⁵ ONU, *World cities report 2016*, ONU, Nueva York, 2016. <http://wcr.unhabitat.org/>

⁶ D. Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del neoliberalismo*, IAEN-Traficantes de sueños, Madrid, 2014, p.154.

nuevos centros de actividad, acompañados de importantes inversiones en capital fijo y colosales extracciones de rentas y *booms* inmobiliarios.⁷ El Estado español es también un buen ejemplo de esa “destrucción creativa” en lo que al patrimonio inmobiliario se refiere. José Manuel Naredo documenta en este sentido cómo en la segunda mitad del siglo XX el modelo de desarrollo español ha sido más destructivo del propio patrimonio inmobiliario de lo que, en proporción, lo fue la Segunda Guerra Mundial en Alemania.⁸ Ni que decir tiene los graves destrozos paisajísticos y deterioros de zonas protegidas o de alto valor ecológico que los sucesivos *booms* inmobiliarios han supuesto en el litoral español.⁹

La “destrucción creativa” del paisaje geográficamente construido a la que se ve abocado el capital termina beneficiando a unos territorios frente a otros, de la misma forma que unos sectores o grupos sociales se benefician de la nueva construcción, mientras que otros sufren la destrucción por la vía de desposesiones y desplazamientos. Sassen plantea la cuestión en términos de nuevas lógicas de expulsión, tanto de personas como de empresas y lugares, de los órdenes económicos y sociales centrales de nuestro tiempo; un fenómeno que, remarca, no es espontáneo, sino que es el resultado de la puesta en marcha de un determinado tipo de políticas, así como de la actividad de instituciones, técnicas y sistemas complejos.¹⁰ Dicho de otro modo, las políticas urbanas neoliberales han hecho prevalecer los intereses de constructores, promotores inmobiliarios y especuladores financieros sobre cualquier otro factor, convirtiendo así a las ciudades en gigantescas mercancías, en las que sus estructuras espaciales y relacionales han adquirido valores de mercado. Es de esta manera en la que el suelo y el acceso a la tierra –incluidos todas las infraestructuras y modificaciones humanas acumuladas desde tiempos remotos– vuelven a ser hoy un ámbito importante para la acumulación por desposesión, del mismo modo en que el auge del mundo urbano se fue construyendo sobre la base de la desposesión del mundo rural en la historia temprana del capitalismo.¹¹

El corolario de todo ello ha sido una creciente división y fragmentación espacial y social que hace que las ciudades sean hoy más proclives al conflicto. No debe causar sorpresa, por tanto, observar que los entornos urbanos han sido el escenario de gran parte de las revueltas más significativas de los últimos años, y con frecuencia el motivo de muchas de ellas.

Con los inicios del capitalismo industrial y el progresivo hacinamiento de la clase obrera en las ciudades, la dialéctica existente entre la adecuación de la ciudad a las necesidades de

⁷ *Ibidem.*

⁸ J.M. Naredo, «El modelo inmobiliario español y sus consecuencias», *Boletín CF+S*, 44, 2010, pp. 13-27. Recurso electrónico en línea: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n44/ajnar.html> [Consulta: 11 de septiembre de 2016].

⁹ Ecologistas en Acción (EeA), *Informe Banderas Negras 2010. Caos en la costa*, Ecologistas en Acción, Madrid, 2010. <https://www.ecologistasenaccion.org/article18005.html>; Greenpeace, *Destrucción a toda costa 2011*, Greenpeace España, Madrid, 2011. <http://www.greenpeace.org/espana/es/reports/Destruccion-a-toda-costa-2011/>.

¹⁰ S. Sassen, *op. cit.*, p.11.

¹¹ Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.), *El mercado contra la ciudad*, Traficantes de sueños, Madrid, 2015, p. 18.

producción de la sociedad industrial y la calidad de vida de sus residentes era central en los debates urbanos.¹² En los tiempos del capitalismo financiarizado esta dialéctica parece reavivarse tomando nuevas formas, nuevos sujetos, pero siguiendo el “doble movimiento” al que hacía referencia Polanyi entre la tendencia hacia la mercantilización de la vida, por un lado, y la protección de la sociedad y la naturaleza de los efectos de esta expansión mercantilizadora, por el otro.¹³ El espacio urbano es hoy un claro escenario de un conflicto que se dirime entre el capital que trata de reducir el territorio urbano a mero valor de cambio y la ciudadanía que trata de resistir reivindicando su derecho a la ciudad.¹⁴

Recuperar la ciudad, por derecho

La lucha por el *derecho a la ciudad*, un concepto formulado por el filósofo y sociólogo Henri Lefèbvre en los años setenta, está hoy resurgiendo a modo de paraguas bajo el que se agrupan una multitud de luchas específicas. Desde la lucha por el derecho a la vivienda hasta la resistencia contra la gentrificación y los desplazamientos, o contra la criminalización de la pobreza etc., son problemáticas que de una forma u otra podrían asociarse o entenderse como resultados de la dinámica mercantilizadora contra la que igualmente se situaba Lefèbvre, si bien en muchas ocasiones el concepto parece más un grito lejano evocando la universalidad de la Declaración de Derechos Humanos de la ONU. En este sentido advierte Harvey que reivindicar el derecho a la ciudad es un significante vacío: todo dependerá de quién lo llene con qué significado.¹⁵ Dicho de otro modo, las empresas constructoras y los promotores inmobiliarios bien podrían reclamar ese mismo derecho; el derecho a que la ciudad siga en sus manos y en las del capital financiero, como lo lleva estando al menos en las últimas décadas. En ello ha consistido precisamente la plasmación del proyecto político neoliberal en el ámbito urbano, en ocasiones por la vía de una deliberada y selectiva dejadez en el planeamiento urbano por parte de las instituciones municipales, y en otras tantas por la vía de una suerte de neocaciquismo y el compadreo en las concesiones de obra, o en los procesos de recalificaciones y reclasificaciones urbanísticas, cuyo hedor a corruptelas se hace hoy insoportable en tantos ámbitos de la política española.¹⁶

El derecho a la ciudad debe ante esto plantearse en términos de un derecho activo a construir una ciudad diferente, que se adecúe en lo posible a los anhelos de la ciudadanía y no a los intereses de los especuladores de la propiedad y de quienes les respaldan desde las instituciones públicas.

¹² M. Solana et al., *Espacio globales y lugares próximos*, Icaria, Barcelona, 2016, p.206.

¹³ K. Polanyi, *La gran transformación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

¹⁴ S. Álvarez Cantalapiedra, «La apuesta municipalista», *Papeles de relaciones ecosociales*, nº129, 2015, p. 8.

¹⁵ D. Harvey, *Ciudades rebeldes*, Akal, Madrid, 2013, p.13.

¹⁶ F. Aguilera y J.M. Naredo (eds.), *Economía, poder y megaproyectos*, Fundación César Manrique, Lanzarote, 2009.

Las movilizaciones del 15M en el Estado español se iniciaron bajo el lema «no somos mercancía en manos de políticos y banqueros». Si bien puede ser discutible hasta qué punto existía un clamor popular en contra de la dinámica mercantilizadora, es innegable que el eslogan constituía desde luego todo un grito de protesta al respecto. Por otro lado, poco tardarían estos reclamos movilizadores en tornarse en otros como los «toma la calle» o «toma la plaza», eslóganes que indudablemente tuvieron éxito para servir de revulsivo político y estímulo para que la ciudadanía recuperara el espacio público, ya no solo para la protesta, sino para la discusión política mediante asambleas espontáneas. En definitiva, supuso la recuperación de los espacios públicos urbanos para la participación democrática activa en unos tiempos en los que los espacios públicos parecían ya convertidos exclusivamente en paisajes de consumo, tematizados además para el disfrute de los turistas.

La pulsión hacia esa dinámica privatizadora de la vida en general y de los espacios públicos en particular sigue hoy por supuesto más vigente que nunca, por lo que la idea de recuperar la ciudad implica resignificarla como espacio común, como un espacio de convivencia en el que sus habitantes puedan reconocerse como conciudadanos y conciudadanas iguales en derechos y deberes. Esto implica a su vez, frenar las tendencias urbanísticas expansivas del capital y remontar la enorme ola de privatizaciones que han servido de mantra al destructivo neoliberalismo.¹⁷

Iniciativas para recuperar la ciudad

Frente a la ciudad neoliberal, convertida en valor de cambio y en espacio vigilado al servicio de la producción capitalista, cuyo destino parece limitarse al negocio y al consumo, deshumanizándose así progresivamente, existen una multiplicidad de iniciativas que reivindican hoy la ciudad por su valor de uso, que buscan recuperar la ciudad como espacio para la interacción y la convivencia, como un espacio propio en el que realizarse en la práctica social. Entre la resistencia y la construcción e innovación social, desde la defensa de la sociedad frente a la mercantilización hasta movimientos de emancipación,¹⁸ se entrecruzan y entrelazan una pléyade de iniciativas que, de forma más o menos visible y con mayor o menor intención, tratan de resignificar la ciudad como espacio común.

En términos de confrontación y, por tanto, de conflicto las ciudades constituyen hoy el epicentro de la mayor parte de las luchas populares, y ya no solo como escenario de las mismas, sino motivadas por la propia gestión del espacio urbano, particularmente de los espacios públicos, la especulación y el malbaratamiento de recursos públicos.

¹⁷ S. Álvarez Cantalapiedra, *op.cit.*, p.7.

¹⁸ Nancy Fraser se refiere a los movimientos de emancipación como un tercer polo, conformado por los movimientos sociales surgidos de la década de los sesenta (ecologistas, feministas, etc.), que junto a la defensores de protección social y los partidarios de la mercantilización conforman hoy un «triple movimiento», tratando así de recuperar y completar el planteamiento de Polanyi. (N. Fraser, «¿Triple movimiento? Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi», *New Left Review*, nº 81, 2013, p.125).

En lo que a los recursos o servicios públicos se refiere algunas de las luchas ciudadana reclaman hoy crecientemente la recuperación del control social de los servicios municipales. La remunicipalización de servicios tan esenciales para el bienestar ciudadano como el suministro de agua, el suministro eléctrico, o los servicios de limpieza del espacio público pueden suponer hoy maneras de “desmercantilizar” la ciudad. Es por ello que estas propuestas están hoy en las agendas de muchos de los nuevos equipos de gobierno municipales conformados por iniciativas ciudadanas, tratando de imitar algunos ejemplos europeos. No obstante, las trabas para llevar a cabo dichos procesos no son pocas.¹⁹

Dos casos cercanos de luchas populares ejemplifican, por su parte, algunos de los conflictos por el espacio urbano: el del barrio del Gamonal, en Burgos, o el del Cabanyal en Valencia. La primera fue una de las mayores movilizaciones vecinales en los últimos años, como consecuencia de un proyecto del Ayuntamiento de reconversión de una calle en un bulevar con un paseo central y un aparcamiento, una obra pública de elevado coste económico y que no respondía a ninguna demanda vecinal, en pleno contexto de crisis económica y social. En el caso valenciano, las movilizaciones comenzaron en 1998 y se dilataron en el tiempo por causa del proyecto de ampliación de una avenida que hubiera conllevado la demolición de cerca de un tercio de las viviendas del barrio y la trama urbana de un conjunto declarado Bien de Interés Cultural, separándolo en dos. En este caso se trata además de una destrucción que la propia plataforma de defensa del barrio señala que no se limita al patrimonio arquitectónico, sino a «un modo de vida, de relaciones sociales y humanas, una cultura e idiosincrasia peculiar».²⁰

Muchos de estos conflictos son en ocasiones el resultado de supuestos procesos de rehabilitación que suceden a estrategias deliberadas de degradación del barrio para legitimarse *a posteriori*. En otros casos, la merma de ayudas sociales que eviten la desposesión o el desplazamiento por los aumentos de precios que la rehabilitación conlleva da lugar a los procesos de gentrificación contra los que luchan ciudadanos del mundo entero, desde Nueva York hasta Berlín, pasando por París o Barcelona, y también en ciudades del Sur Global como Nairobi o Dacca. En Madrid, por ejemplo, ha sido especialmente notorio el caso del barrio de Malasaña y hoy otros barrios se encuentran ante esta amenaza, dando lugar a conflictos por su resistencia como es el caso del barrio de Lavapiés.²¹

¹⁹ J.L. Fernández Casadevante, «Regreso al futuro. Apuntes sobre los procesos de remunicipalización de servicios públicos en Europa», *Papeles de relaciones ecosociales*, nº 129, 2015, pp. 141-147.

²⁰ <http://www.cabanyal.com/nou/qui-som/>

²¹ J. Sequera, «Gentrificación en el centro histórico de Madrid: el caso de Lavapiés», en R. Hidalgo y M. Janoschka, (coords.), *La ciudad neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*, Ed. UAM, Madrid, 2014, pp.233-256. Véase también el artículo de Jacobo Abellán en este mismo número del *Boletín ECOS*.

Los procesos de la llamada gentrificación son también el resultado de una pérdida de identidad del barrio y de asfixia del tejido social a la que contribuye la conversión de los espacios públicos en lugares destinados exclusivamente al consumo o prácticamente en «no-lugares», pareciendo obligar a disolverse en una suerte de resignación individualista –del que por otra parte quedan excluidos quienes no pueden acceder a dicho consumo–. El espacio público puede jugar un papel importante en la integración y la cohesión social en la ciudad en tanto que la calle y los espacios abiertos son espacios de convivencia, además de espacios de encuentro que permiten la expresión física de una sociedad democrática, lugares en los que se expresan los derechos civiles.²² Es por ello que las iniciativas que tratan de defender o de reivindicar el espacio público como espacio en el que reconocerse, en el que recuperar la sociabilidad perdida, constituyen otra forma importante de recuperar la ciudad. No es demasiada casualidad, por tanto, que la imagen icónica del movimiento 15M –en el que desembocó el ciclo de acción global contra la gestión de la crisis y sus impactos en nuestro país– fuera la de las acampadas de la Puerta del Sol y la Plaza Catalunya.

Entre las semillas de las que brotaron estas movilizaciones cabría situar a las iniciativas *Reclaim the Streets* (reclama las calles), originadas a comienzos de los noventa en el Reino Unido a partir de diversas acciones de protesta contra la expansión de infraestructuras urbanas de transporte (para el automóvil), y que terminó cuajando en un movimiento que reclama el espacio público como espacio de expresión ciudadana. Dicho movimiento se fue expandiendo rápidamente mediante una dinámica de convocatorias internacionales recogidas en un número creciente por grupos locales, con la acción directa no violenta como medio de intervención política y una crítica más amplia frente al dominio corporativo en el capitalismo globalizado. En el Estado español, la propuesta fue acogida por una serie de movilizaciones anuales bajo el lema de «Rompamos el silencio» (ReS), una semana de acciones diversas organizada por colectivos de la izquierda alternativa desde el año 1997.²³ La última acción del ReS fue una *okupación* de un antiguo edificio del INEM, haciendo un llamamiento a un mayo combativo. Quince días después se rompió el silencio: Madrid despertó.²⁴

Volviendo a las acciones que reclaman el espacio público para otros usos que el transporte en automóvil, cabe destacar el movimiento ciclista de la Masa Crítica, un fenómeno nacido en San Francisco hace ya más de dos décadas que tiene lugar todos los meses en numerosas ciudades del mundo. Su versión madrileña, conocida como la Bici Crítica, la más numerosa pero ni mucho menos la única en nuestra geografía, reúne desde 2004 el último jueves a millares de ciclistas haciendo un recorrido por las calles de la ciudad reivindicando

²² M. Solana et al., *Op.cit.*, p.112

²³ E. Echart, S. López y K. Orozco, *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*, IUDC-Catarata, Madrid, 2005, p. 99.

²⁴ Comunicado de Rompamos el Silencio del 10 de julio de 2011, disponible en: <http://www.centrodemedios.org/Comunicado-de-Rompamos-el-Silencio.html> [Consulta : 20 de septiembre de 2016].

otra forma de moverse y de vivir la ciudad.²⁵ Al fin y al cabo, recuperar la ciudad debería también implicar una reducción de los desplazamientos motorizados, apostando de manera decidida por una movilidad peatonal y ciclista en coordinación con un buen sistema de transporte público y recuperando el planeamiento urbano para revertir la fragmentación espacial y social en pos de la búsqueda de ciudades más sostenibles e inclusivas.²⁶

La difuminación de la ciudad en el territorio en espacios cada vez más fragmentados hace que la vida social urbana se vuelva cada vez más imposible por la ausencia de “lugares”, de espacios reconocibles. En este sentido señala Imanol Zubero que «la ciudad solo podrá ser un espacio común si se concibe como un espacio predominantemente desmercantilizado, donde florezcan y fructifiquen prácticas sociales autogestionadas, colaborativas, que [...] nos permitirían desarrollar ya una buena parte de nuestra vida, si no al margen, sí al menos bien lejos del corazón del sistema capitalista y de su lógica individualizadora, mercantilizadora y privatizadora».²⁷

Un buen ejemplo de estas prácticas lo constituyen, sin duda, los huertos urbanos que hoy proliferan por toda la geografía española, recuperando poco a poco una agricultura de proximidad que en las décadas pasadas fue también sucumbiendo a la especulación y el cortoplacismo economicista. En el Estado español, los huertos urbanos comunitarios, surgidos principalmente del encuentro entre movimiento ecologista, movimientos campesinos y dinámicas innovadoras de los movimientos sociales urbanos, habían proliferado desde inicios de la transición hasta los ochenta en el espacio periurbano de las áreas metropolitanas, pero fueron desapareciendo con la expansión urbana, aunque no sin resistencia. En Barcelona, por ejemplo, muchos hortelanos supieron cultivar la paciencia y la resistencia además de sus verduras, de tal manera que con el paso del tiempo la ciudad ha mantenido amplias zonas de huertos en activo. Pero quizás la mayor contestación en defensa de los espacios agrarios ha tenido lugar en Valencia, una ciudad con tradición histórica de huertos y al tiempo laboratorio de desregulación del desarrollo urbano.²⁸

Los huertos urbanos han acompañado multitud de luchas vecinales en la reivindicación de espacios públicos alternativos, convirtiéndose con frecuencia en una metáfora del conflicto entre las enfrentadas percepciones acerca del futuro del barrio. En los últimos años, y especialmente a partir del 15M, estas iniciativas, enraizadas en toda una serie de experiencias pioneras vinculadas a los centros sociales ocupados, movimientos vecinales y ecologistas, se han ido multiplicando a lo largo y ancho de la geografía española con unos rasgos muy

²⁵ <http://madrid.bicicritica.com/FAQ>

²⁶ M. Renner, «Apoyar un transporte sostenible», y F. Schreiber y A. Carius, «Ciudades inclusivas: planeamiento urbano para la diversidad y la cohesión social», en Worldwatch Institute, *Ciudades sostenibles. Del sueño a la acción*, FUHEM Ecosocial-Icaria, Madrid/Barcelona, 2016.

²⁷ I. Zubero, «La ciudad como espacio común», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 129, 2015, p.21.

²⁸ J.L. Fernández-Casadevante y N. Morán, 2015, *Raíces en el asfalto. Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana*, Libros en acción, Madrid, p. 239.

similares en las distintas ciudades. Hoy podemos, además, afirmar con Fernández Casadevante y Morán (2015) que, poco a poco, estos «islotes verdes van conformando un archipiélago interrelacionado, se van tejiendo redes y articulaciones políticas». Una dinámica ante la cual se han comenzado a dar en los últimos años tímidos reconocimientos institucionales, al tiempo que la reflexión y las propuestas de estos movimientos han ido ganando complejidad.²⁹

La mayoría de los huertos comunitarios se establecen en solares abandonados, como es el caso del proyecto madrileño Esta es una Plaza que, tras la ocupación en 2008 de un solar abandonado desde hacía más de 30 años y su posterior desalojo, logró una cesión formal por parte del Ayuntamiento de Madrid, recientemente renovada, gracias al fuerte apoyo vecinal en el barrio. Más allá del huerto, este proyecto se define por el objetivo de construir un lugar alternativo de ocio, socialización, intercambio y desarrollo de tejido social.³⁰ Esta es una Plaza es un caso entre muchos de pequeños espacios autogestionados, en los que la horticultura y las actividades culturales sirven como herramientas de dinamización del barrio, que se suma a la denuncia de los procesos especulativos mediante la dignificación de espacios en desuso. Existe una frecuente vinculación de estos espacios con el movimiento *okupa* (algunos de estos espacios, son de hecho, ocupados) en tanto que movimiento urbano innovador, cuyos centros sociales representan, por lo general, espacios de encuentro de iniciativas, de dinamización sociopolítica y que durante mucho tiempo ha sido la figura simbólica de la rebeldía urbana.

Algunos de estos centros sociales han acogido además iniciativas que han servido de revinculación urbano-rural en forma de cooperativas agroecológicas autogestionadas impulsadas desde los movimientos sociales urbanos como el colectivo Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH).³¹ Otros, como es el caso de la ya histórica Can Masdeu, en Barcelona, donde los huertos han servido para afianzar la relación entre reivindicación del espacio urbano frente a la especulación, movilización vecinal y agroecología de esta particular okupación "rurbana".³²

Finalmente, otras iniciativas colectivas y en muchas ocasiones ligadas también a centros sociales ocupados, tratan de revalorizar y resignificar el espacio público a través de la expresión artística, como sucede con el grafiti o con el *Urban knitting* (tejer en la ciudad), mediante el que personas de todas las edades y orígenes forran de ganchillo el mobiliario urbano como otra manera de reclamar el uso vecinal de los espacios públicos, pero no solo. Estas acciones sirven también como forma de reivindicar el tiempo lento y la paciencia con los que se fabrican las cosas a mano, dando vida a un saber tradicional mediante el cual las personas que participan en dichas acciones se sienten orgullosas de hacer algo bonito en

²⁹ J.L. Fernández-Casadevante y N. Morán, 2015, *Ibidem*, p.258.

³⁰ <https://redhuertosurbanosmadrid.wordpress.com/esto-es-una-plaza/>

³¹ <http://bah.ourproject.org/>

³² <http://www.canmasdeu.net>

común.³³ Se trata, por tanto, de un ejemplo de ocio no mercantil y de arte que se repite en otras iniciativas que tratan también de reconceptualizar el espacio público a través del cuerpo, la música y el movimiento, como es el caso de algunos colectivos que hoy llenan las plazas de gente para bailar en un acto tiene más de político de lo que se podría imaginar a simple vista.³⁴

Recuperar para replantear

A través de la reivindicación y resignificación del espacio urbano, la amplia variedad de iniciativas ciudadanas que buscan hoy de una u otra forma recuperar la ciudad dejan entrever maneras distintas de confrontar la crisis multidimensional (económica, social, política, ecológica, etc.) en la que hoy parecemos atrapados. Bien sea visibilizando las lógicas especulativas, recuperando y rehabilitando espacios abandonados o reconstruyendo lazos sociales con dinámicas participativas. Este tejido social urbano ha sido sin duda clave en la formación de los nuevos municipalismos que hoy gobiernan en muchos ayuntamientos de nuestra geografía dando muestra de algunos intentos, aunque tímidos, de revertir la ola de privatizaciones de servicios públicos esenciales sufridas, que junto con la progresiva mercantilización de los espacios públicos han marcado la tónica en las últimas décadas.

En definitiva, ya sea desde las instituciones o desde la sociedad civil organizada, existen muchas iniciativas, que si bien tienen aún caminos largos que recorrer en su articulación y consolidación, pueden servir para replantear las bases de funcionamiento de nuestras sociedades, y especialmente de nuestras ciudades, en dirección hacia horizonte de equidad social, de participación democrática y de sostenibilidad ecológica.

³³ A. Llovet, «'Urban Knitting', tejer solidaridad y tiempo para reivindicar otras ciudades », 02/01/2015, disponible en: <http://elasombrario.com/urban-knitting-tejer-solidaridad-y-tiempo-para-reivindicar-otras-ciudades/>

³⁴ A. Álvarez, «Swing: pasos para recuperar la ciudad», Periódico Diagonal, 25/07/2016, disponible en: <https://www.diagonalperiodico.net/culturas/31026-swing-pasos-para-recuperar-la-ciudad.html>